

## SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 17.—Algo acerca de táctica de la infantería. II. Ejercicios individuales y de unidades, por Jacobo A. de Lac; pág. 20.—Napoleón jefe de ejército: La campaña de Siria, (continuación) por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; página 23.—Los destacamentos de ametralladoras en el ejército alemán, traducido por M.; pág. 28.—Sección bibliográfica: Ferrocarriles estratégicos, por D. Eusebio Giménez Lluesma, comandante de Ingenieros; pág. 32.

Pliegos 89 y 90 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Pliego 3.

---

### CRÓNICA GENERAL

ALGO DE TÁCTICA.—EL ASALTO DE LA POSICIÓN ENEMIGA.—CIRCUNSTANCIAS QUE INFLUYEN EN EL MODO DE LLEVARLO A CABO.—AVANCE DE LOS TIRADORES.—DIFICULTADES QUE ENCIERRA DECIDIR CUAL SEA EL MEJOR MEDIO DE LLEVARLO A CABO.—ÚNICO MODO DE RESOLVERLAS.—LO MÁS INTERESANTE.

El arte de la guerra tiene en la práctica el grave inconveniente de que el adversario no se deja convencer por los más hábiles razonamientos que puedan exponérsele: solo se doblega ante argumentos más que contundentes, y por esta razón, por sublimes que sean la estrategia y sus combinaciones, las impurezas de la realidad exigen que el choque táctico, sea el que resuelva todo litigio entre las masas de los beligerantes.

Siempre los que estudian y analizan el mecanismo de la guerra se han preocupado de aquella parte de la táctica, verdaderamente esencial, que quiere hallar el mejor modo de desalojar de sus posiciones al adversario; pero después de la guerra anglo-boer ha habido un prurito tal de emitir opiniones y juicios, y aun de publicar fórmulas concretas para realizar el asalto de las posiciones enemigas, que forzosamente hay que tratar con frecuencia de este asunto, si se quiere seguir el movimiento de la opinión militar.

Veamos qué circunstancias influyen, *por parte del que ataca*, en la manera de verificarse el choque. Estas circunstancias son:

- 1.<sup>a</sup> El valor, la eficacia moral y material de las tropas que llevan á cabo el ataque, así como de los jefes que lo dirigen.
- 2.<sup>a</sup> El terreno, teatro de la función de guerra.
- 3.<sup>a</sup> La situación estratégica general.

- 4.<sup>a</sup> La naturaleza de las armas ofensivas.
- 5.<sup>a</sup> La movilidad de los combatientes.
- 6.<sup>a</sup> Los medios de protección de que disponen.

Difícil sería decir qué circunstancia ofrece mayor interés. Hablando en tesis general, es imposible averiguarlo. Refiriéndonos á los casos concretos de la práctica, sería inútil también, porque cada hecho de armas presenta caracteres especiales, que hacen que tenga más influjo el terreno, el alcance ó potencia de las armas ó cualquiera otro de los factores del éxito.

Pero nótese que en el terreno especulativo, en que ahora nos hallamos, no podemos discutir ni la eficacia de las tropas, ni el terreno, ni la situación estratégica, ni la naturaleza de las armas. Cuanto más favorables sean estas circunstancias, mejor que mejor; pero, para examinar los medios de ataque, hemos de prescindir de estos detalles, y decir: con los hombres que hoy componen los ejércitos, y las armas que generalmente usan: ¿cuál es el mejor medio de atacar al adversario?

Ya comprenderá el lector que no caeremos en la candidez de darle un procedimiento cómodo y seguro para vencer. Nos limitaremos á apuntar lo que se dice y se escribe sobre el particular, haciendo notar cuán difícil es encontrar un sistema que evite todos los inconvenientes.

Avance de los tiradores. Puede ser en guerrilla muy abierta, con el grave mal de que se pierda la acción del mando y los soldados, al notar el peligro en que se hallan, tiendan á concentrarse y formar pelotones, que es lo mismo que llamar á la muerte. Además, se dilata así enormemente al frente de batalla.

Puede también avanzarse en largas hileras. Sistema que es muy bueno en teoría, pero que en la práctica nadie seguiría casi nunca. Si se ponen los mejores soldados delante, las primeras bajas serán las que resten más fuerza á las tropas; si se ponen los peores tiradores..... el adversario quedará de ello igualmente satisfecho. Este método opinamos que es algo artificioso y solo aplicable, por lo tanto, en condiciones muy raras. Tropa que en el campo de batalla no hace fuego, y cuyos soldados juegan al escondite unos detrás de otros, no tomarán así muchas posiciones. Se trata pues, de una formación, de una agrupación táctica propia para evoluciones, aun en el campo de batalla, pero no para asaltar los reparos del adversario.

En cualquier caso hay que avanzar con la acción decidida de la artillería. Si ésta se concentrara, quedaría destrozada por el adversario; si despliega, como es preciso, extiende el frente de batalla, exige que la infantería se extienda también, y con tantas extensiones la acción decisiva, enérgica, que hay que realizar para desalojar al enemigo, resulta difícilísima.

La artillería puede hacer fuego sin que avance la infantería; pero en

este caso se produce el fenómeno del *cañoneo lento* (Plewna y Melilla ¡quién podía preverlo! se dan en esto la mano) y con estos cañoneos, el que se defiende se retira á sus abrigos naturales, detrás de los pliegues del terreno, y espera más ó menos tranquilo, y sin sufrir nunca grandes pérdidas, el desarrollo de los sucesos. La artillería debe hacer, pues, fuego á medida que la infantería avanza, á fin de que la infantería contraria esté en su puesto. Y esto, que es muy ventajoso para los fines de la artillería, lo es muy poco para la infantería atacante, pues debe realizar el avance entre dos ó tres fuegos, á cual más peligrosos.

Ante esta serie de dificultades se presenta otra duda. ¿Conviene este mal trago del ataque pasarlo pronto, ó es mejor pararse y respirar para tomar aliento? La imaginación dice ¡adelante! y suceda lo que Dios quiera; pero la pícara realidad exclama: está muy lejos la posición del adversario, para llegar á ella de un solo salto.

Si hay que pararse en el camino, conviene discutir, no allí, que no es lugar de discusiones, sino antes, en el gabinete, si es mejor pararse en cualquier parte, sin fortalecer el terreno que se ocupa, ó si es más conveniente buscar algún reparo natural ó artificial. Aquí salen inventores y proponen escudos ligeros, de 3 milímetros de espesor, de acero níquel, que sirvan para librar á los tiradores del fuego enemigo ¿pero es posible proveer á un cuerpo numeroso de tales escudos para librar una batalla? Si lo de los escudos no pasa, hay que acudir al remedio clásico, al que ofrece la fortificación de campaña, y abrir en 20 minutos una trinchera abrigo; ¿pero habrá tropas tan disciplinadas, de moral tan levantada, que en mitad del campo de batalla abran la tierra para hallar resguardo contra la lluvia de las balas enemigas?

Tal es, apuntada ligeramente, una parte de la serie de problemas que plantea la táctica de nuestros días. Claro es que podría salirse honrosamente del paso diciendo que un jefe inteligente tomará en cada caso el mejor partido que le aconsejen las circunstancias. Mas así, con estas contestaciones, progresan muy poco los conocimientos. Lo natural es que la discusión razonada, el ensayo en pequeño, la maniobra en grande, el estudio de las opiniones y de las soluciones de los demás formen la propia opinión.

Pero; se nos olvidaba..... del *Gobierno* piden su *estado urgente* con *Clases, Nombres, Destinos y Observaciones*. Dejémonos de bagatelas.

NIEMAND.



## ALGO ACERCA DE TÁCTICA DE LA INFANTERÍA

## II

## EJERCICIOS INDIVIDUALES Y DE UNIDADES

«Una instrucción prolongada, repitiendo siempre el mismo movimiento, fatiga el cuerpo, atrofia la inteligencia y distrae la atención.»

(Reglamento austriaco).

Es la de instruir reclutas una de las comisiones más delicadas que puede cometerse al oficial de filas, no porque se suponga al oficial desconocedor de cuanto ha de enseñar, sino porque, en el ejercicio de dicho cometido, ha de desprenderse en cierto modo, de su gerarquía, y revestirse del tacto, método y paciencia del maestro.

Todo será dispar en los reclutas (jamás deben pasar de cincuenta) confiados á su enseñanza, ilustración, cultura, inteligencia, constitución física, todo. Los unos entenderán sus explicaciones, los otros no; éstos aprenderán pronto, por imitación, los movimientos que el instructor ejecute ó haga ejecutar en su presencia, aquellos exigirán una repetición de estos mismos movimientos abrumadora; tendrá individuos á quienes la ostentación pública de su propia torpeza estimule y espolee más que una reprensión del oficial, y los tendrá que repitan impasiblemente un mismo movimiento, sin corregir las imperfecciones que se les haya hecho notar. Es tarea, repetimos, que requiere tacto, método y paciencia, mucha paciencia. Porque, en el instructor, y en los soldados y clases que en la instrucción le auxilién, no vé el recluta solo al maestro que le enseña la parte mecánica, del oficio de soldado: vé también, y quizás antes que esto, al pedagogo que le inculca los principios y reglas á que ha de ajustarse la conducta moral, social y militar del ciudadano armado. Y si agregamos que, como sucede entre nosotros, una no despreciable porción de los reclutas ingresa en filas con buen bagage de absurdos prejuicios, contrarios todos á lo que realmente es la vida militar, á la dignidad inherente á la condición del soldado y á lo elevado de la misión que la patria le confía al entregarle las armas con que ha de defenderla, tendremos demostrada la altísima importancia del cargo de instructor, para la designación del cual debe dejarse al capitán libertad amplísima: que nadie, mejor que él, tiene el deber de conocer á sus oficiales, ni á nadie, tanto como á él, interesa la mejor instrucción y educación de sus soldados.

Todos los reglamentos, el nuestro como el que más, contienen excelentes preceptos acerca del método que debe seguirse en la instrucción práctica de los reclutas, y todas convienen en que no debe fatigárseles con la abrumadora repetición prolongada de un mismo movimiento, ni sobre-

cargar su inteligencia con difusas explicaciones, no comprendidas las más de las veces. «Cuidase, dice el austriaco, de variar oportunamente el asunto de la instrucción;... Repitiendo siempre el mismo movimiento, se fatiga el cuerpo, se atrofia la inteligencia y se distrae la atención».

«No debe abusarse de las fuerzas del soldado... Precisa mantener vivo el interés de la tropa, no haciéndole repetir con exceso el mismo ejercicio» (Reglamento suizo).

«Con la repetición indefinida de un mismo y único ejercicio, se cansa el espíritu y el cuerpo del soldado: es necesario, pues, variar. La clase y duración de los ejercicios deben estar también en relación con la resistencia de las tropas. De lo contrario, sobrevendrá inevitablemente la laxitud en la atención, con perjuicio de la disciplina». (Reglamento alemán).

Los reglamentos franceses, así el vigente como el en proyecto, implícitamente el primero, é incluyéndolo el segundo en las advertencias que preceden á la instrucción individual, consignan idéntico precepto.

El italiano es más explícito: «En todos los periodos, dice, de la instrucción, desde la individual á la de varios batallones reunidos, conviene que los ejercicios de formaciones y movimientos marchen paralelamente y alternando con los de combate».

Pasemos ya á la instrucción táctica de las unidades.

La instrucción práctica del soldado, abstracción hecha del tiro y la fortificación de campaña, que deben enseñarse separadamente y con cuidado sumo, redúcese á la elemental, en orden cerrado y abierto, y á los ejercicios de combate. Maniébrase por secciones, compañías, batallones, etcétera, el soldado hará siempre lo mismo, ora á la voz del cabo ó sargento de su escuadra ó pelotón, ora á la de su oficial, capitán, jefe de batallón, etcétera. La instrucción de sección y compañía es instrucción de clases y oficiales subalternos; la de batallón, de capitanes; de jefes la de regimiento y brigada. De poco serviría que los soldados de una unidad cualquiera estuviesen perfectamente instruidos, sino estaban, á la vez, bien mandados; por eso sigue inmediatamente en importancia á la instrucción elemental de la tropa la de las unidades en que ésta ha de presentarse ante el enemigo.

Imposible ocuparse en la instrucción de las unidades sin rozar, por ligeramente que sea, los problemas de organización, en los cuales se encierra la mayor ó menor utilidad de los ejércitos. No entra en nuestro ánimo abordar aquí tales y tan complejos problemas; pero no podemos dispensarnos de consignar que la tropa debe pertenecer al mismo cuerpo, y si es posible á la misma fracción del cuerpo, todo el tiempo que viene obligada á servir en el ejército de primera línea (y conste que este tiempo es demasiado corto en España), porque así lo exigen razones de orden mo-

ral y psicológico, no tan desatendibles como algunos creen, además de las de orden material y económico, que á nadie se ocultan. Tampoco conduce á nada práctico, ni es conveniente el incesante cambio del personal de oficiales en las unidades, porque lleva fatalmente consigo la pérdida del espíritu de cuerpo en éstas, espíritu que, bien entendido y practicado, no perjudica al general del ejército ni, mucho menos, al privativo de cada unidad dentro del arma á que pertenece. Y basta de esto.

Jamás debe practicarse los ejercicios de unidades, desde la compañía á la brigada, ambas inclusive, sin subordinarlos á un supuesto táctico, previamente establecido y dado á conocer á los oficiales, para que en el desarrollo de él puedan ejercitarse las facultades de todos y cada uno, desterrando, así, de la instrucción en el campo el tedio y hastio resultantes de la monótona repetición de evoluciones y maniobras cuya finalidad no aparece por ningún lado. Más inconveniente reputamos aun la práctica de prolongar, por vía de castigo, el tiempo de duración de los ejercicios, cuando se cree notar en la tropa negligencia ó escasa voluntad. Ningún reglamento europeo sanciona, que sepamos, esta abusiva costumbre, excepto el austriaco, y no hemos logrado darnos cuenta, aunque lo hemos procurado con ahinco, de la razón eficiente de semejante precepto.

Los ejercicios de combate de las unidades, debieran serlo siempre de doble acción, para que resulten fructuosos; y de no ser esto posible, deben practicarse con enemigo figurado. Para unos y otros, terminada que sea la instrucción elemental, conviene huir de los campos de maniobras y efectuarlos en terreno variado, á fin de que la tropa se acostumbre á adaptarse á él en las distintas formaciones.

La cohesión y la disciplina demandan que las tropas maniobren siempre bajo el mando de sus jefes naturales; pero la escasez de los efectivos en tiempo de paz impone que, de vez en cuando, se organice las unidades, aumentándose también las dificultades del mando, especialmente si se atiende á que los refuerzos se incorporan tras una estancia más ó menos larga en uso de licencia ó en reserva, y por consiguiente con no escasa merma de los hábitos militares.

«Son de grandísima importancia, dice el reglamento alemán, los ejercicios con las unidades al pié de guerra, ejercicios que debe practicarse en todas las estaciones del año, en el campo de maniobras y en terreno variado.»

El reglamento francés vigenté preceptua que, cuando los efectivos sean muy débiles, puedan reunirse dos batallones en uno sólo; y en el proyecto de reglamento se advierte que, en determinados casos y para ciertos ejercicios, deben organizarse las unidades al pié de guerra.

El austriaco es más explícito: «Los ejercicios en orden cerrado, dice, y las prácticas de combate deben, siempre que sea posible, efectuarse

con las unidades nutridas al pié de guerra.» El italiano, en cambio, limita la facultad de reunir varias unidades en una sola «únicamente en cuanto sea este recurso necesario para la instrucción de los cuadros.»

Admiten los reglamentos austriaco, alemán y suizo el empleo de señales, previamente convenidas, con el sable, para substituir algunas voces de mando. El francés, así el vigente como el en proyecto, enumeran una no escasa serie de señales con el sable, con la mano y con el cubrecabezas, para dar ó confirmar órdenes, señales que el reglamento vigente limita á los ejercicios de escuadra, mientras que el en proyecto las extiende á los de las demás unidades.

Estas señales, cuyo uso autoriza también nuestro reglamento, no serán siempre todas de posible empleo en la guerra, pero son indiscutiblemente de utilidad para los casos en que no convenga emplear toques de corneta ó silbato, y para los en que la extensión del frente ó el ruido del fuego no permitan oír las voces de mando, constituyendo además, un poderoso medio de habituar el soldado al orden y á la disciplina, como que le obligan á fijar constantemente la atención en el que le manda, para obedecer las órdenes de éste expresadas por tales señales y aun por el gesto.

JACOBO A. DE LAC.

---

## NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

### LA CAMPAÑA DE SIRIA

(Continuación)

Ya hemos dicho que no puede acusarse de crueldad á Napoleón; pero sabía mostrarse inexorable cuando convenía. Los hombres en estos casos no eran para él más que cifras que servían á sus cálculos. Así es como debe obrar un general en jefe.

Jaffa fué puesta á su vez en estado de defensa: tres fragatas recibieron orden de salir de Alejandria y venir á aquella plaza, donde quedó Reynier, mientras el ejército emprendía la marcha sobre Acre el 14 de Marzo. Al día siguiente, Napoleón encontró en Korsum un cuerpo enemigo. Este se batió en retirada; pero en el terreno accidentado que hubo que atravesar, donde la destreza de los indígenas y su conocimiento del país opusieron obstáculos para contrarrestar la táctica de los franceses, el enemigo causó algunas pérdidas á la división Lannes, que le perseguía de cerca, lo que acarreó á dicho general esta amonestación de Napoleón: «No estamos en situación de hacer semejantes valentías.» (Bourrienne, Memorias, tomo 2.º, pág. 229). El 17, el ejército desembocó por fin en la llanura de Acre.

Napoleón tomó entonces posiciones en la vertiente posterior de una altura que hacia el Norte se extendía hasta el mar. Esta ocupación cortó las comunicaciones de Acre (que está situada en una especie de lengua de tierra) con el interior del país. Kléber estaba en el ala derecha; Lannes y Bon en el centro; Reynier, que venía á una distancia de dos jornadas de marcha, formó el ala izquierda. El 19, se hizo un reconocimiento de las fortificaciones de la plaza y su inspección dió por resultado prever una toma no menos rápida que la de Jaffa. Una herida que recibió en una mano el oficial de ingenieros encargado del reconocimiento, le hizo renunciar á toda nueva tentativa de inspeccionar las obras, y á su regreso dió cuenta de que la plaza no tenía contraescarpa. El 20 se comenzó el ataque abriendo la trinchera, que fué dirigida contra el frente E. de la plaza. Este frente estaba formado por dos lados que se cortaban en ángulo recto. La arista del ángulo saliente la formaba una sólida torre, que dominaba el resto de las obras y flanqueaba los dos lados del ángulo. Dicha torre iba á ser en primer término el objetivo del ataque.

Para proteger las operaciones del sitio contra toda tentativa de auxilio por la parte de tierra, era necesario vigilar la línea del Jordán. Por consiguiente Napoleón mandó establecer cuatro destacamentos en Haifa, Nazareth, Safed y hacia Tiro, para asegurar el servicio de observación. Hecho esto, recomendó á los comandantes de estos destacamentos que, bajo su más estrecha responsabilidad, no permitiesen que persona alguna franquease esta línea, sin su conocimiento. «Dormimos tranquilos, persuadidos de que no habéis de dejar pasar nada por la línea entre los Molinos de Dáud y de Cherdám, sin estar prevenidos.» (A Murat: Acre, 10 de Abril).

El 28 de Marzo, los trabajos estaban bastante adelantados para que las baterías, que debían abrir brecha, pudiesen romper el fuego contra la torre. A las tres de la tarde parecía ya la brecha practicable y se dió la orden de asalto. Este fracasó á causa de la contraescarpa, con cuyo obstáculo no contaban. Es verdad que en la hipótesis de que se hubiese tenido tal vez que franquear una contraescarpa, se había construído una galería de mina, pero ésta tampoco dió resultado. En el tiempo transcurrido desde principios de Marzo la plaza había sido abundantemente socorrida por la llegada de una escuadra inglesa, al mando de Sidney Smith. El sitio no pudo por tanto tener aquella eficacia que proporciona un asedio en toda regla: la facilidad de aprovisionarse de medios de combate y de víveres era completa en la plaza. Además, la escuadra inglesa había apresado los buques que traían á Napoleón piezas de sitio de grueso calibre. En cuanto á operaciones de sitio, Napoleón se vió reducido casi por completo á la guerra de zapa, y ya se sabe lo que esto significa para el sitiador. Djezzar estaba ayudado por un ex-oficial de ingenieros, francés, antiguo compañero de academia de Napoleón en París, Picard

de Phélippeaux (había salido con el n.º 41 de los de su promoción y Napoleón con el 42) y por oficiales y artilleros ingleses. Opuso, pues, una resistencia de que ofrece tan frecuentes ejemplos la historia de los turcos en la defensa de plazas, que no están al abrigo de un asalto, ó en las que ya se ha abierto brecha. Sin embargo, las vigorosas salidas que hizo diferentes veces fueron siempre rechazadas.

Entre tanto, comenzó á organizarse por la parte de Damasco un ejército de socorro. En la primera semana de Abril, Napoleón recibió la noticia de que fuerzas enemigas estaban pasando el Jordán al N. y al S. del lago de Tiberiades, y que establecían almacenes en la ciudad de este nombre. Una fuerte columna de reconocimiento, mandada por Junot, encontró en Lubi, á mitad de camino de Tiberiades á Nazareth, fuerzas enemigas superiores y combatiendo tuvo que replegarse sobre Nazareth.

A fin de no tener nada que temer de estos movimientos del enemigo, Napoleón envió á Nazareth á Kléber, quien el 11 de Abril se reunió con Junot. Al dirigirse de este punto á Lubi, encontró ya más allá de Caná unos 4.000 hombres del enemigo, en su mayor parte de caballería, y los rechazó hacia el Jordán; después de lo cual, volvió á tomar posiciones en Nazareth, pues temía con razón que al marchar más allá hubiera tenido que sostener él sólo todo el peso del ejército de socorro.

Este ejército pasó después efectivamente el Jordán, en su mayor parte por el puente de Medchania, al Sur del lago de Tiberiades. Un destacamento de flanco pasó por el puente de Jakob, al Norte del lago y puso sitio á Safed. Con objeto de cortar la retirada á este destacamento, Napoleón envió á Murat al puente de Jakob el 14. muy de madrugada, encargando entre tanto á Kléber que continuase observando al ejército de socorro y lo mantuviese alejado de Acre. Sin embargo, este ejército no marchó inmediatamente sobre Acre, sino que apoyó su izquierda el 14 en la llanura de Esdreton, donde se le incorporaron los refuerzos procedentes de Samaria y de Nabalus: reuniendo desde entonces un total de unos 15.000 hombres.

Kléber observó este movimiento y recordó la recomendación de Napoleón: «Si en los diferentes movimientos que pueden presentarse encontráis algún medio de interponeros entre ellos y el Jordán, no necesitaréis deteneros ante la idea de que puedan venir sobre nosotros.» (Frente á Acre, 13 de Abril). Por consiguiente, tomó la resolución de intentar la operación que le había sido aconsejada y participó que con este objeto emprendía la marcha el 14. Napoleón se propuso al punto aplicar el principio que ya siguió frente á Mántua, esto es, concluir primero definitivamente con el ejército de socorro y emplear á este efecto todas las fuerzas que pudiese distraer del ejército sitiador. Cierta es que la gran superioridad táctica de sus tropas le permitía continuar al mismo tiempo el sitio.

En su consecuencia, el 15 por la tarde, Napoleón emprendió la mar-

cha con Bon y pasó por Nazareth para reunirse con Kléber. Entre tanto este último se había apoderado de la línea de retirada de los turcos hacia el Jordán y resolvió atacarlos por sorpresa en la noche del 16, según otro consejo de Napoleón: «Si el enemigo se atreviese á acampar cerca de nuestro campo, el general en jefe supone que no dejaréis de atacarle por la noche con el mismo éxito que en El-Arich.» (Frente á Acre, 14 de Abril). Sin embargo, este plan no dió resultados. El 16 amaneció antes que Kléber alcanzase al ejército enemigo y aquel se vió muy pronto rodeado por fuerzas superiores y atacado en la llanura limitada al Nordeste por el monte Thabor. Formó entonces con sus tropas dos cuadros, y en esta formación logró rechazar los ataques del enemigo, hasta la llegada de Napoleón; éste, entre tanto, había envuelto completamente al enemigo, encerrándolo, entre él y Kléber. Con este ataque combinado, el enemigo fué derrotado por completo. Empezó la fuga con grandes pérdidas, salvándose una parte al otro lado del Jordán y el resto en las montañas. Napoleón volvió después de esto con Bon á reunirse con sus tropas al pié de los muros de Acre; Kléber ocupó nuevamente á Nazareth, después de haber todavía perseguido el 17 al enemigo, que huía hacia el Jordán.

Mientras tenían lugar estos sucesos, fué construída en frente de Acre una galería de mina para abrir brecha en la torre mayor, contando esta vez Napoleón con la seguridad del éxito. En una carta dirigida á Dugua le anuncia la toma de la plaza para el 25 de Abril. Además tres fragatas procedentes del puerto de Alejandría, habían logrado desembarcar nueve piezas de artillería de grueso calibre, que estaban ya en camino para el ejército sitiador.

El 24, Napoleón mandó prender fuego á la mina grande; pero el resultado fué incompleto, porque una parte del efecto de la explosión se perdió en una cavidad y la brecha no estaba bastante practicable para que se pudiese dar el asalto. Por consiguiente se siguió tirando á la brecha en los días siguientes, y el 30 de Abril fueron puestas en batería las primeras piezas de grueso calibre.

No contento con mandar abrir brecha en la torre mayor, Napoleón mandó también abrirla en la cortina al Este de aquella y construir una galería de mina para volar la contraescarpa, frente por frente del punto en que iba á abrirse la brecha. Entre tanto el enemigo había comenzado un contra-ataque, formando dos plazas de armas en el frente de ataque y construyendo contra-aproches. Las tentativas hechas para desalojarlo de estas obras sólo tuvieron un éxito pasajero. Al contrario, el enemigo logró destruir la galería de mina dirigida á la contraescarpa. Desde entonces se dirigieron todos los esfuerzos de Napoleón contra la torre mayor y las obras exteriores de la plaza. La primera tentativa hecha el 6 de Mayo por la tarde fué infructuosa; pero el 7 por la tarde consiguió apo-

derarse de las plazas de armas enemigas y de las instalaciones del glasis y establecerse sólidamente en la torre mayor. El 9 volvieron las baterías á romper el fuego, que había sido interrumpido por algunos días por falta de pólvora. Desde entonces se dirigió el fuego principalmente sobre la cortina, pues siendo ahora dueño del foso, podría utilizarse la brecha de aquella. Aun no se había aprovechado este tiempo para preparar la salida de la torre hacia el interior de la plaza, mientras por su parte los sitiados habían establecido una nueva línea de defensa, fortificando una cortadura á retaguardia del primer recinto.

El 10, muy de madrugada, el ejército francés estaba formado para el asalto, para el cual fué también llamado Kléber. La brecha de la cortina parecía practicable; la principal columna de ataque, á las órdenes de Lannes, llegó á la brecha efectivamente; pero los defensores lograron recúperar sus plazas de armas y penetrando inmediatamente en el foso, atacaron de revés la columna de asalto; al mismo tiempo la brecha fué enfilada tan eficazmente por los fuegos dirigidos desde ciertos traveses de las fortificaciones y desde una torre de mampostería, que los que asaltaban no pudieron sostenerse por más tiempo. Todos se batieron en retirada y el asalto fué completamente rechazado.

Este fué el primer contratiempo indiscutible que tuvo Napoleón. A consecuencia del mal éxito de este asalto, fracasó la campaña de Siria; eran contados los días que podía ya pasar al pié de los muros de Acre, el asalto no podía renovarse, la peste se cebaba en su ejército, de Egipto llegaban noticias alarmantes y era inminente el desembarco de un ejército turco en el bajo Egipto.

¡Y qué proyectos había formado sobre la toma de Acre, mientras se hallaba al pié de sus muros con 10.000 hombres y 3.000 enfermos ó heridos! Había pensado llamar á las armas á los pueblos del Oriente, apoderarse de Constantinopla, destruir el imperio turco, edificar sobre sus ruinas un nuevo imperio y por Viena regresar triunfante á Paris. Y todo este colosal trabajo de una imaginación tan poderosa se encontraba ahora de repente reducido á la nada.

Aquí se observa ya en él este signo precursor de su futuro destino, el cual, á mi juicio, es consecuencia forzosa del perfecto general en jefe, es decir, una imaginación sin límites. El que sepa limitarse, obtendrá resultados duraderos, y en este sentido las palabras dirigidas por el poeta al Gran Elector tienen el selio de la más profunda verdad: «No basta quererlo, tienes que arriesgarte para llegar á descolar la palma más alta del extremo del mástil de la Fortuna.» (Kleist, príncipe de Hamburgo, tomo 2.º, pág. 293).

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



## LOS DESTACAMENTOS DE AMETRALLADORAS

EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

(Traducido de la *Revue militaire*)*(Continuación)*

En cuanto á los sirvientes, suministranlos en su totalidad los cuerpos á que los destacamentos están afectos. Estos últimos reciben anualmente un suplemento de veinte reclutas; terminado el periodo de instrucción de las compañías, el batallón cede al destacamento un número igual de hombres escogidos, que constituyen la reserva del personal. Durante el invierno y la primavera, el destacamento no dispone, pues, más que de los hombres de segundo año.

Los conductores proceden de artillería, la cual arma cede unos veinte de ellos á cada destacamento en las maniobras de otoño; el personal conductor se renueva, pues, por completo cada año.

La caballería proporciona los caballos de silla y la artillería los de tiro; unos y otros han de estar enseñados y tener de 7 á 10 años. El destacamento recibe cada año un número de estos semovientes igual al noveno de su efectivo.

Los oficiales, las clases y la tropa de los destacamentos de ametralladoras usan el capote y el pantalón de paño gris verde, y el calzado y media bota de cuero color avellana. El cuello, las bocamangas y los vivos son de color granate. Llevan todos, además, el shakó con fieltro de fondo gris verde y plumero negro (blanco los de la Guardia).

Los hombres no montados están armados del sable bayoneta de los cazadores y de la carabina de caballería, y los montados del sable de artillería y de revólver.

*Descripción y propiedades del material.*—Las piezas, los carruajes de municiones y el carromato de batería, que constituyen, como se verá más adelante, el «destacamento de combate», llevan cada uno un avantrén y un juego trasero separables y conducen cuatro hombres. Los sirvientes toman asiento sobre las piezas; los carros de municiones y el carromato de batería llevan al armero, al enfermero, al apreciador de distancias y al personal de reserva.

La ametralladora propiamente dicha, del sistema Maxim, descansa sobre una especie de narria unida á la cureña, de la que es fácilmente separable; es servida por cuatro hombres: dos sirvientes propiamente dichos y dos proveedores. El tubo del arma va envuelto por un manguito que se llena de agua para disminuir el calor resultante del tiro.

El arma puede disparar permaneciendo sobre la cureña; los sirvientes, en tal caso, se desmontan; pero, en general, la narria se sitúa en tierra; una disposición especial permite darle la altura conveniente sobre el suelo,

el servicio de la pieza se efectúa, en este caso, estando el personal sentado, arrodillado ó tendido.

La pieza con su soporte es llevada ó arrastrada por dos hombres, siendo susceptible de disponerse donde quiera que quepa un hombre equipado (en una zanja, sobre un muro, sobre una techumbre, etc).

Supuesta la narria horizontal, el eje de la pieza puede colocarse vertical, horizontal ú oblicuo; manteniéndose la posición de puntería merced á una palanca fiadora y un tornillo de presión. Aflojando este último y moviendo después el apuntador el arma por medio de dos puños puede obtenerse un tiro de guadaña.

El tiro se ejecuta, á voluntad, por descargas de 25 disparos ó bien de un modo continuo, y la maniobra de transición se efectúa por medio de un botón, cuyas dos posiciones de avance y retroceso mantienen la continuidad de cada clase de fuego; la rapidez teórica de éste es de 400 á 500 disparos por minuto, pero en realidad parece que no excede de 300.

La ametralladora emplea el mismo cartucho y tira á las mismas distancias que el fusil de infantería; en otros términos: entrambas armas tienen igual valor balístico; pero el haz producido por el tiro de la primera es más reducido que el que se obtiene de un fuego de tiradores, por ser menores las causas de dispersión. La eficacia de la ametralladora es muy inferior á la del cañón.

Las municiones están dispuestas por series de 250 unidades sobre una tira que atraviesa automáticamente la recámara. Cada tira va encerrada en una arquilla: una especie de portacargas, dispuesto en el avantrén, permite el transporte, por dos hombres, de seis de esas arquillas; ó sea de 1.500 cartuchos, que se llevan junto á la pieza, una vez emplazada ésta. Los carros de municiones tienen capacidad para 15.000 cartuchos cada uno; las piezas, á su vez, transportan unos 10.000, resultando así que cada ametralladora tiene una provisión aproximada de 15.000 disparos.

Tales son, á grandes rasgos, las propiedades técnicas del arma. La ametralladora alemana es lo que podría llamarse una «ametralladora montada», por oposición á la «ametralladora á caballo» del ejército suizo. Esta última, llevada á lomo mediante un baste especial, se instala para el tiro sobre unas trébedes. Las municiones se transportan de un modo análogo.

El caballo de pieza lleva 108 kilogramos, contando el atalaje y la reserva de agua necesaria á la misma; el caballo de municiones lleva 2.000 cartuchos, repartidos entre ocho arquillas de 250 y correspondientes á una carga total de 123 Kg. Cada caballo de baste es conducido á mano por un hombre montado; el conjunto forma una «yunta». Hay ahí, como se vé, dos soluciones muy distintas que la naturaleza montañosa de Suiza no basta á explicar, ya que esta potencia no ha dotado de ametralladoras más que á su caballería, la cual no tendrá, á buen seguro, mucho que operar en la montaña.

Precisa reconocer que, bajo su apariencia ligera, la «compañía de ametralladoras» suiza es más voluminosa que el «destacamento» alemán: si la primera exige sólo dos caballerías para su transporte, el aprovisionamiento de 15.000 cartuchos por pieza realizado en Alemania, requeriría otras 14 ó 16, ó sea un total de 16 á 18 caballos por pieza aprovisionada, á los que hay aun que añadir los necesarios al transporte de los sirvientes.

La ametralladora alemana presenta, por otra parte, la ventaja de poderse utilizar instantáneamente, como un cañón, permaneciendo sobre su cureña; en cambio, no podría seguir por senderos de bosque ó de montaña, practicables para las caballerías de carga.

En resumen, Alemania adopta una ametralladora de campaña y Suiza una de montaña.

Desde el punto de vista táctico, el destacamento de ametralladoras se subdivide del modo siguiente:

El «destacamento de combate» (*Gefechtsabtheilung*), que comprende las seis piezas, formando lo que podría llamarse la batería de tiro, y los tres carros de municiones y el carromato de batería, que constituyen el «tren de municiones» (*Munitionszug*);

El «tren de combate» (*Kleine Bagage*), constituido por el ganado de repuesto;

El «tren de regimiento» (*grosse Bagage*), formado por los furgones de viveres y de bagages y el carro forrajero.

El «destacamento de combate» evoluciona según procedimientos análogos á los de la artillería montada. Forma, como se ve, una unidad bastante voluminosa (10 carruajes de cuatro caballos), en un todo comparable á la «batería de combate» de la artillería de campaña (6 piezas y 3 carros de municiones de seis caballos).

El reglamento define con gran precisión las aptitudes tácticas de las ametralladoras. A él se cederá, en lo posible, la palabra, por constituir, por todos conceptos, el documento más interesante.

«Las ametralladoras, dice, permiten al mando desarrollar, en puntos determinados y bajo un volumen mínimo, un fuego de fusilería sumamente potente». Para definir esta potencia con más precisión, se puede decir que la ametralladora, tirando 300 disparos por minuto, equivale á cincuenta tiradores que consumiesen seis cartuchos en igual tiempo. El destacamento entero corresponde, pues, á 300 fusiles. Tal es la fuerza, puede observarse de paso, que aproximadamente pone en línea un regimiento de caballería pie á tierra.

Por otra parte, las ametralladoras en batería están espaciadas de 10 á 20 metros; su vulnerabilidad es, por lo tanto, menor que la de una línea de tiradores equivalente, y la utilización del terreno puede hacerse así en mejores condiciones.

«El alcance y la eficacia de la ametralladora, prosigue el reglamento,

son los mismos que los del fusil de infantería. La rapidez del tiro y la estrechez del haz, así como la posibilidad de acumular varias piezas en un espacio reducido, permiten obtener rápidamente resultados decisivos y aun destruir en un tiempo brevísimo, á las grandes distancias, blancos extensos y profundos».

Se pasa muy por encima sobre la cuestión de corrección del tiro, que merece sin embargo alguna atención. La dificultad, si no la absoluta imposibilidad de toda corrección, constituye, efectivamente, el verdadero tropiezo del fuego de fusilería, proceda de tiradores ó bien de ametralladoras.

No hay que perder de vista que, si la distancia al objetivo alcanza 1.000 metros, un simple error de 100 en el alza adoptada anula, casi, la eficacia del tiro. La estrechez del haz no es precisamente una ventaja si la apreciación de la distancia es errónea. Empero ¿podría afirmarse que la ametralladora «carece de nervios», como se ha tratado algunas veces de decir del cañón? Cualesquiera que sean los perfeccionamientos aportados á un arma, la emoción del hombre que la maneja se hará siempre intensamente sentir, y la ametralladora, empleada casi siempre en zonas batidas á la vez por el fusil y el cañón, será generalmente muy «nerviosa».

Es pues, indudablemente, tiro de fusilería, con todos sus defectos, el que da la ametralladora. Como la infantería, no podrá la ametralladora tirar de lejos sino en casos excepcionales. En frente del cañón, so pena de dejarse rápidamente reducir al silencio ó aun destruir sin provecho, no deberá romper el fuego más que cuando éste pueda ser *instantáneamente destructor*: resultado que de ordinario no es posible sino á las distancias medianas y cortas.

Con excelente acuerdo, el reglamento prescribió á las ametralladoras el evitar la acción contra líneas delgadas abrigadas ó contra la artillería á las grandes distancias. «El consumo de municiones, dice, no correspondería al resultado obtenido».

De igual manera que los tiradores se aterran una vez hecha su descarga, «las ametralladoras son retiradas del fuego y llevadas á retaguardia en cuanto se ha obtenido su resultado apetecido, para no reaparecer más que en los momentos decisivos. La tarea esencial de las ametralladoras estriba en explotar completamente su gran potencia de fuego, su movilidad y la facultad que poseen de poder disimularse fácilmente».

«Los boers, hace observar una revista militar alemana, han procedido con mucha habilidad y han obtenido todo el rendimiento posible con un personal y un material reducidos».

M.

(Continuará)



## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

FERROCARRILES ESTRATÉGICOS, por D. Eusebio Giménez Lluesma, comandante de Ingenieros.

El Memorial de este cuerpo ha dado á luz recientemente este trabajo premiado en público certamen organizado por los Anales del Ejército y de la Armada, con motivo de la mayoría de edad y juramento de S. M. el Rey. No se hará en estas páginas el juicio crítico de una labor ya calificada por eminentes personas, pero nos complacemos en tributar nuestro entusiasta aplauso al señor Giménez Lluesma por su obra tan compendiosa como nutrida de rica savia.

De desear sería que se hiciese de esa memoria una gran tirada para distribuirla no solo entre los generales, jefes y oficiales del ejército, sino también entre los personajes del orden civil.

En la guerra se marcha más que se combate, y por lo tanto, las vías de comunicación, sobre todo las férreas, tienen al menos tanta importancia como las armas.

En nuestro país son escasas las personas que de ello se han percatado, y así se vé que el trazado de algunas líneas y la demarcación de ciertos nudos de comunicaciones se han efectuado en la forma que más ha convenido á las opulentas empresas constructoras, que han sabido aprovechar lindamente nuestro carácter apático é irreflexivo. Pues que de líneas férreas se trata, bueno será decir que dentro de nuestro ejército no se atiende lo debido á esta cuestión. No se quiere indicar con ello que convendría crear nuevas unidades afectas á tal servicio, pues sin gravamen para el presupuesto se podría conseguir tal fin, asignando al batallón de ferrocarriles como misión principal, la de dedicarse á todo lo relativo al movimiento y tracción en las vías férreas; y á los regimientos de zapadores podría dárseles amén de otros cometidos el de atender á todo lo relativo á la construcción y entretenimiento de vía y obras. Volviendo á la luminosa memoria que motiva estos renglones, se dirá, que hacemos fervientes votos porque el señor Giménez Lluesma, siga honrando al cuerpo de ingenieros en particular y al ejército en general con los sazonados frutos de su clara inteligencia, aunque comprendemos, que labores como la de *Los ferrocarriles estratégicos*, son de penosa gestación, por el gran número de datos estadísticos que hay que allegar, y el considerable esfuerzo sintético necesario para concretar en pocas líneas el fruto de prolongadas vigiliias.

Terminaremos, recomendando á nuestros lectores, *el estudio* de ese genial trabajo, por ser el sano fruto de un patriota felizmente dotado de un cerebro que discurre con alteza de miras, y de un corazón generoso que late con vigor y sabe sentir profundamente cuáles son las imperiosas necesidades de nuestra querida España.